

El prólogo



Supone un gran atrevimiento empezar el estudio del cuarto evangelio por el prólogo, dada su dificultad. Pero, puesto que el propio autor puso este himno al logos (el verbo, la palabra) como obertura de su obra, autoriza nuestra osadía. El prólogo es una cima desde la que es posible discernir el conjunto del evangelio. Resume la

visión global de Juan sobre el misterio de la venida de Cristo. Los temas que allí se presentan recorren todo el evangelio. Pocos textos han ejercido semejante fascinación, no solamente entre los espirituales, sino en la literatura universal. Así, pues, corramos el riesgo...

Un himno

El prólogo se presenta bajo la forma de un himno. Muchos creen que este himno era cantado en la comunidad joánica antes de ser colocado al frente del evangelio. Hay otros muchos himnos a Cristo incorporados al Nuevo Testamento, como atestiguan las epístolas de san Pablo. La efusión espontánea de los carismas favorecía la creación de tales cánticos, que por otra parte eran un modo de expresión natural en una civilización sencilla y menos racional que la que nosotros vivimos.

Hay varios textos paulinos que hacen alusión a esta práctica de la asamblea cristiana: "Cuando os reunís, cada cual puede aportar un salmo, una instrucción, una revelación...; pero que todo sea para edificación" (1 Cor 14, 26); "La palabra de Cristo habite en vosotros con toda su riqueza; instruíos y amonestaos con toda sabiduría, cantad agradecidos a Dios en vuestros corazones

con salmos, himnos y cánticos inspirados" (Col 3,16). La fuente de estos cánticos era la palabra (o el espíritu). El espíritu humano vibraba, como un instrumento musical, bajo la acción del espíritu (1 Cor 14, 7).

No se trataba de ninguna novedad. Muchos de los salmos canónicos debieron ser reunidos de esta manera y hay ejemplos de ello en el judaísmo. En nuestra civilización moderna occidental, impregnada de intelectualismo, sólo los grupos llamados carismáticos pueden dar alguna idea de este hecho. Pero hemos de subrayar que san Pablo, que pedía que no se extinguiera el espíritu (1 Tes 5, 19), recomendaba igualmente domesticar los dones. Los himnos del Nuevo Testamento atestiguan esta libertad domesticada. El prólogo, construido con tan admirable maestría, es también un ejemplo de ello.

HIMNOS INSPIRADOS

Ejemplos de himnos integrados en las epístolas paulinas:

Flp 2, 5-11: "Jesús, que era de condición divina..., se rebajó hasta la muerte... Por eso Dios lo ha elevado".

Ef 5, 14: "Despiértate, tú, que duermes, levántate de entre los muertos y Cristo te iluminará".

1 Tim 3, 16: "Ha sido manifestado en la carne, justificado por el espíritu, contemplado por los ángeles, proclamado entre los paganos, creído en el mundo, exaltado en la gloria".

El don de expresarse de forma poética es un don natural, susceptible de desarrollarse con el hábito y el esfuerzo. En la tradición judía y cristiana, algunos salmistas han tenido conciencia de que estaban inspirados. Fuera de los escritos canónicos, citemos un ejemplo sacado de los himnos de Qumrán: "Tú has puesto en mi boca acciones de gracias" (Himnos 11, 4), y sobre todo algunos extractos de las Odas de Salomón, escrito judeo-cristiano de origen siríaco que procede de comienzos del siglo II. Estas odas resultan especialmente interesantes para nuestro propósito, ya que se pueden señalar en ellas ciertas afinidades con el evangelio de Juan.

He aquí un pasaje de la oda 14:

Que tu mansedumbre, Señor, permanezca a mi lado, así como los frutos de tu amor. Enséñame los cánticos de tu bondad y que con tu ayuda dé frutos. Abreme la cítara de tu Espíritu Santo para que pueda alabarte en todos los modos...

La oda 12 es precisamente la destinada a celebrar la palabra de Dios:

Me ha llenado de palabras de verdad para que pueda expresarlo; la verdad corre de mi boca como una corriente de agua y mis labios muestran sus frutos; él ha hecho abundar en mí su ciencia.


Porque la boca del Señor es el verbo verdadero y la puerta de la luz. Y el altísimo se la ha dado a sus mundos (que son) los intérpretes de su belleza, los narradores de su gloria, los heraldos de su majestad, los evangelistas de su pensamiento... La sutileza del verbo está por encima de toda expresión... En él los mundos se hablan el uno al otro y han existido por el verbo, ellos que estaban silenciosos; de él vinieron el amor y la armonía... Conocieron al que los había hecho; por eso se mantuvieron en armonía... La residencia del verbo es el hombre y su verdad es amor. Dichosos aquellos que por este medio han comprendido el universo y conocen al Señor en su verdad. ¡Aleluya!

Se advertirá que este himno sobre el verbo (la palabra) no hace ninguna alusión a Cristo y podría provenir también de una colección judía anterior. La catequesis joánica ha sacado muchos de sus temas de la literatura litúrgica y sapiencial. Es posible identificar algunas de esas fuentes, pero la mayoría de ellas han desaparecido o no han sido nunca consignadas por escrito. Es tarea del exegeta resucitar, con la ayuda de documentos fragmentarios, todo el clima de civilización y de tradición oral que respiraban las primeras comunidades cristianas.

El movimiento del prólogo

Aunque no existe un consentimiento unánime sobre la estructura del prólogo, puede lograrse un acuerdo en las líneas generales. Seguiremos entonces el texto estrofa por estrofa, colocando ciertas letras (**A, B, C, D, C', B', A'**) para subrayar algunas correspondencias.¹

Para mayor claridad, veamos previamente el plan general:

- 
- A.** (1-5). El verbo junto a Dios, creador, vida, luz.
 - B.** (6-8). Aparición de Juan bautista.
 - C.** (9-11). El logos, presente en el mundo, no es reconocido.
 - D.** (12-13). Pero, a los que le han acogido, les ha dado la facultad de convertirse en hijos de Dios.
 - C'.** (14). El logos, Hijo único, maravilla a los suyos con su presencia.
 - B'.** (15). Desaparición de Juan bautista.
 - A'.** (16-18). El Hijo en el seno del Padre ha comunicado las riquezas de Dios.

A. (1-5)

1. En el principio, el verbo existía y el verbo estaba con Dios, y el verbo era Dios.
2. El estaba en el principio con Dios.
3. Todo se hizo por él y sin él no se hizo nada de cuanto existe.
4. En él estaba la vida y la vida era la luz de los hombres,
5. y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron.

“En el principio, dice el Génesis, Dios creó el cielo y la tierra” (Gén 1, 1). El primer versículo de Juan recuerda, por tanto, el primer versículo de la biblia; la oposición luz-tinieblas en el versículo 5 recuerda igualmente aquel primer día de la creación en que Dios separó la luz de las tinieblas.

En el judaísmo del tiempo de Jesús, el relato de la creación, que era meditado continuamente por los judíos, había recibido nuevas dimensiones. Dios había dicho: “Que la luz sea”, y la luz fue. Pues bien, en el comentario en lengua popular que es la traducción aramea de la biblia (= el tǎrgum), un poema —el poema de las cuatro noches— describe de este modo la noche de la creación: “La primera noche fue aquella en que Yavé se manifestó sobre el mundo para crearlo: el mundo estaba desierto y vacío y la tiniebla andaba extendida sobre la superficie del abismo. El Memra (= la palabra) de Yavé era la luz e iluminaba. Y la llamó noche primera”.²

En el versículo 5, la traducción “las tinieblas no la ven-estaba presente en la creación. Aplicándolo a Cristo, lo hace en una perspectiva totalmente nueva, condensando en ella (como en una especie de flash) la historia del mundo, de Israel y de la venida de Cristo.

“El verbo estaba con Dios”; la preposición griega **pros**, que aquí se emplea, supone cierta “dirección hacia”; por eso podría traducirse también, como lo hace la versión ecuménica de la biblia, “vuelto hacia Dios”.

En el versículo 3 conviene distinguir bien el verbo hacerse (**gignomai**), que se aplica a todas las cosas creadas, del verbo ser (**eimi**) que se aplica al logos en estos versículos. Podría traducirse **gignomai** por “venir a la existencia”; esta traducción, aunque pesada, resulta más clara, al menos para el final del versículo: “sin él nada se hizo de cuanto vino a la existencia”. Para otra división posible de este versículo 3, puede verse una biblia anotada.

En el versículo 5, la traducción “las tinieblas no la vencieron” es voluntariamente parcial; el verbo **katalambano** (captar) puede significar “apoderarse de”, “vencer”, “poner trabas” (como en Jn 12, 35), pero puede también significar “captar” en el sentido de “comprender”, “acoger”. La primera interpretación insiste en el carácter victorioso de la luz. En todo el evangelio, Cristo triunfa del poder del mal, del príncipe de este mundo (cf. 12, 31; 14, 30). La segunda interpretación anuncia ya la resistencia que se opone al logos. El sentido figurativo de las tinieblas es evidente en ambos casos.

¹ Sobre muchos de los puntos en discusión, cf. el estudio de A. Feuillet, *Le prologue du quatrième évangile*. Desclée de Brouwer, Paris 1968.

² Traducción de R. Le Déaut, *La nuit pascale*. Roma 1963.

B. (6-8)

Aparición de Juan bautista que da testimonio en favor de la luz. El lugar que se le concede a Juan bautista en este himno puede parecer extraño. Una hipótesis es que los dos pasajes del prólogo que se relacionan con Juan bautista han sido insertados posteriormente en el himno al logos. Lo más sencillo sería pensar que el evangelio comenzaba por los versículos sobre Juan bautista que figuran actualmente en el prólogo bajo una forma quizá un tanto modificada. Entonces, propiamente hablando, sería más bien el himno el que se insertó en los pasajes bautistas.

De todas maneras, en el texto actual, Juan bautista aparece como el gran testigo humano de Cristo. Resume, en cierto modo, en su persona todas las voces proféticas de la historia que dieron de antemano testimonio de Cristo.

C. (9-11)

9. El verbo era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo.
10. En el mundo estaba, y el mundo fue hecho por él, y el mundo no le conoció.
11. Vino a su casa, y los suyos no le recibieron.

En el versículo 9, referimos el “que viene a este mundo” a “todo hombre” (y no a “luz”, como hacen algunas traducciones), debido al lugar del participio unido a “hombre” y a la expresión rabínica conocida “todo (hombre) que viene a este mundo” para designar a los seres humanos. Pero esta sencilla opción orienta ya la interpretación de esta estrofa que es muy discutida.

Para unos (de los que nos sentimos cercanos), los versículos siguientes (10-11) resumen la historia del mundo antes de la encarnación. La revelación de Dios (su palabra) había sido desconocida por los hombres. Esta doctrina es bíblica y judía: las naciones vivían en la idolatría y la corrupción; Israel había sido sacado de entre los pueblos para que observara la alianza y la ley. Israel era el

terreno reservado de Yavé y, sin embargo, es tratado muchas veces como un pueblo infiel. El evangelista afirma aquí la infidelidad de todos, la de las naciones (“el mundo que no lo conoció”) y la de Israel (“los suyos que no lo recibieron”). En esto coincide con la carta a los Romanos 3, 9-20, para la que el mundo entero tiene que ser reconocido culpable delante de Dios.

Para otros autores, que relacionan el participio presente “que viene” con el término “luz”, se alude a la encarnación a partir del versículo 9. Los versículos 10-11 se aplican entonces a la repulsa de Jesús por parte del “mundo” y de los judíos. Esta explicación se apoya en la mención de Juan bautista, precisamente antes del versículo 9, y en la afirmación del versículo 12, de que se convierten en hijos de Dios los que creen en su nombre. ¿Era posible convertirse en hijos de Dios antes de la encarnación? Sin embargo, esta explicación tropieza con el hecho evidente de que sólo en el versículo 14 es cuando el verbo se hizo carne.

Nos permitimos pensar —ante el carácter exclusivo de estas interpretaciones— que es nuestra lógica moderna la que nos mete en este atolladero. Las antiguas traducciones (vetus latina, vulgata) y los padres griegos refieren el participio “que viene” a “hombre” y no a “luz”. La primera inserción transfigura al personaje del precursor ampliando el alcance de su testimonio, procedimiento que está ciertamente dentro de la perspectiva del evangelista.

Creemos que conviene hacer de este pasaje una doble lectura (como en casi todos los textos joánicos), una lectura a dos niveles o —si se prefiere— una lectura inclusiva de doble horizonte. Es algo más difícil de explicar que de hacer espontáneamente.

Pongamos en primera posición la interpretación —tan común en los escritos sapienciales y en el judaísmo— del logos sabiduría que actúa en el mundo (cf. el esquema adjunto). Pues bien, para el evangelista, el logos es el Cristo preexistente (cf. Flp 2, 6). La repulsa del logos, en su acción sobre el mundo y sobre la humanidad, no solamente prefigura la repulsa histórica de Jesús, sino que, por así decirlo, la contiene y la supone. Es el pecado del mundo (el pecado universal) el que ha llevado a Jesús a la cruz. El fracaso de Jesús es del mismo orden que el del logos. Con una sola ojeada, el evangelista percibe lo que es en el fondo una repulsa única. Sin embargo, la luz vence a las tinieblas. Los versículos 12 y 13 se presentarán entonces como el punto culminante del prólogo.

D. (12-13)

12. Pero a todos los que le recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios, a los que creen en su nombre;
13. y éstos no nacieron de sangre, ni de deseo de carne, ni de deseo de hombre, sino que nacieron de Dios.

A pesar de la infidelidad general, la luz del logos ha sido acogida finalmente y los que la han acogido han recibido la capacidad de hacerse hijos de Dios.

Ser hijos de Dios es el don supremo, como señala la primera carta de Juan: "Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!... Queridos, ahora somos hijos de Dios" (1 Jn 3, 1-2). El evangelista no cesará de maravillarse de este don.

¿Habrá que preguntarse entonces, dado el movimiento del prólogo, si la luz del logos acogida antes de la encarnación, había hecho ya surgir hijos de Dios? Nos parece que hay que responder positivamente a esta pregunta, a pesar de que el evangelista no decide la cuestión de forma tajante.

Por lo que se refiere a Israel, hemos de recordar la doctrina tan conocida del resto fiel. De generación en generación, Dios ha suscitado siempre en su pueblo profetas y justos; ha alimentado siempre una llama; ha mantenido siempre un retoño. Pues bien, el caso de los gentiles no nos parece fundamentalmente distinto. Hasta Abraham, todo el linaje de los patriarcas había sido sacado de entre las naciones. Pero incluso después de la elección (que concernía también en definitiva al mundo entero), muchos textos suponen (como el libro de Jonás) que también los gentiles se abrieron a la luz. En la época del Nuevo Testamento, esta teología "abierta" está atestiguada en los ambientes judíos helenizados.

"La sabiduría lo puede todo..., todo lo renueva; en todas las edades entra en las almas santas y forma en ellas amigos de Dios y profetas" (Sab 7, 27). "La sabiduría es un espíritu que ama a los hombres." "El espíritu del Señor llena el mundo" (Sab 1, 6-7).

El evangelio de Juan declara: "Jesús iba a morir..., no sólo por la nación, sino también para reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos" (Jn 11, 51-52). Así pues, antes del conocimiento explícito del nombre de Jesús, había ya hijos de Dios dispersos por el mundo; for-

maban parte de esas ovejas que el buen pastor tenía que reunir (Jn 10, 16).

Sin embargo, lo mismo que antes, creemos que es un falso problema preguntarse: "¿**Antes** o **después** de la encarnación?". En aquellos que han recibido la capacidad de hacerse hijos de Dios, el autor percibe ahora en primera línea (como si se intercambiasen los dos horizontes) a los que acogieron al logos en su vida terrena. Reúne en una misma mirada a los que fueron fieles a la luz y ve hacia dónde se encaminaban: hacia el conocimiento explícito del nombre de Jesús. Entonces se hacía necesario —para que "creyeran en su nombre"— que el logos fuera visible y tangible y reconocible en un rostro de hombre. La acción del logos en el mundo tenía que culminar —consumarse— en la "carne". Por eso, el versículo 14 es una exigencia del movimiento mismo del pensamiento.

El versículo 13 presenta algunas variantes (véanse las biblias anotadas). Aunque se escoja su lectura en singular (menos atestiguada) "creer en el nombre de aquel que...", la doctrina no sería diferente: la filiación divina no es de orden humano. En el único que ha sido engendrado por Dios es en el que todos han nacido de Dios (cf. 1 Jn 5, 18).¹ Por eso el unigénito tiene que ser hombre entre los hombres.

C'. (14)

14. Y el verbo se hizo carne,
y puso su morada entre nosotros,
y hemos visto su gloria,
gloria que recibe del Padre como Hijo único,
lleno de gracia y de verdad.

Aquí explota toda la admiración por su presencia. Esta estrofa, sobre la que volveremos más adelante, está en

¹ Las dos lecturas están de hecho muy relacionadas. El nacimiento de que aquí se trata (plural o singular) es un nacimiento espiritual. El verbo ha nacido de Dios, del esplendor de su santidad; el Padre le ha comunicado todo: su propia vida (Jn 5, 26), su propia gloria (Jn 17, 24). Lo que el Hijo posee por naturaleza, se lo comunica al que cree en él (Jn 11, 25-26; 17, 22). Por tanto, si se escoge la variante en singular, no implica por ello la concepción virginal de Cristo; la concepción virginal es un segundo sentido derivado del primero. El que por naturaleza es el engendrado de Dios, no ha sido, en su nacimiento temporal, engendrado por voluntad del hombre. La concepción virginal expresa, para la fe, que Cristo es por entero Hijo del altísimo (Lc 1, 35).

PALABRA Y SABIDURIA

En la biblia, la palabra de Dios dirigida a los profetas y que por medio de ellos interpela al pueblo manifiesta también los designios de Dios sobre Israel y finalmente sobre el mundo.

La palabra de Dios comunicaba la mayor de las sabidurías; por eso mismo, la ley dada por medio de Moisés superaba todas las sabidurías humanas (cf. Dt 4, 5-8). Israel compartía con todos los pueblos orientales una literatura llamada sapiencial (proverbios, consejos prácticos, preceptos de moral), pero los sabios de Israel reconocieron en seguida que toda sabiduría humana debía estar de acuerdo con la gran sabiduría de Dios, esa sabiduría que penetraba el mundo y había presidido la creación. "Cuando asentó los cimientos de la tierra, yo estaba allí, como arquitecto, y era yo todos los días su delicia, jugando en su presencia en todo tiempo" (Prov. 8, 29-31).

El salmo 19 ponía en paralelismo el lenguaje oculto de los cielos, que como una silenciosa escritura celebraba las grandezas de Dios, y la ley que era también palabra, pero palabra pronunciada, escrita. El libro de Baruc celebraba a la sabiduría, cuyos caminos eran inaccesibles a los hombres, pero dada por Dios a Israel bajo la figura de la ley: "Todos los que la retienen, alcanzarán la vida; mas los que la abandonan, morirán. Vuelve, Jacob, y abrázale, camina hacia el esplendor bajo su luz" (Bar 4, 1-2).

Esta palabra-sabiduría era privilegio de Israel; pero muchos judíos, sobre todo en la diáspora, habían comprendido que afectaba a todos los hombres. Para el filósofo judío Filón de Alejandría, a comienzos de nuestra era, el logos y la sabiduría eran manifestaciones de Dios por las que él intervenía en el mundo, instrumentos de su acción. En Filón es frecuente que el logos y la sabiduría intercambien sus atributos: comunican a los hombres la vida, la luz, el alimento celestial, la bebida espiritual...

Sin embargo, el texto más cercano al prólogo de Juan es el del Sirácida (o Eclesiástico), en su capítulo 24, cuyo movimiento presenta cierto parentesco con él dentro de una oposición.

Sirácida 24

- 1-4. *La sabiduría salió de la boca del Altísimo (su palabra), habita en lo alto del cielo.*
- 5-6. *Reina sobre la tierra entera.*
- 7-8. *Recibe la orden de plantar su tienda en Israel.*
10. *Ofició en Sión en la tienda sagrada.*
- 11-17. *Desplegó sus dones en Jerusalén.*
- 19-22. *Llama a que nos saciemos de sus frutos.*
- 23-29. *Ella es el libro de la alianza, la ley que sobreabunda en riqueza.*
- 29-34. *Ella derrama a lo lejos su luz.*

Prólogo

- 1-5. *El logos estaba junto a Dios.*
- 9-11. *El mundo no lo conoció. Los suyos no lo recibieron.*
14. *Plantó su tienda entre nosotros. Hemos visto su gloria, lleno de gracia y de verdad.*
16. *De su plenitud hemos recibido gracia sobre gracia.*
17. *La ley fue dada por Moisés, la gracia y la verdad por Jesucristo.*
18. *El lo ha narrado.*

contraste de oposición con la estrofa C, que mostraba la presencia del logos en el mundo, pero una presencia no vista, no reconocida.

B'. (15)

Segunda inserción bautista, que aparece en este esquema como simétrica de la anterior estrofa B. Esta vez, el precursor se vuelve, por así decirlo, hacia aquel que acaba de manifestarse en la carne y exclama: "De él es del que he dicho: el que viene detrás de mí ha pasado por delante de mí, ya que existía antes que yo". Juan bautista se borra delante de aquel que lo precedía desde toda la eternidad.

A'. (16-18)

16. Pues de su plenitud hemos recibido todos, y gracia por gracia.
17. Porque la ley fue dada por medio de Moisés; la gracia y la verdad nos han llegado por Jesu-
[cristo].
18. A Dios nadie le ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, él lo ha contado.

Con el término "plenitud", el versículo 16 caracteriza la vida que viene del Padre por medio del Hijo único. Régimen de la sobreabundancia de gracia, del nuevo nacimiento, de la re-creación. En la estrofa A, el verbo era vida y luz en el orden de la creación. Paralelismo y cambio.

Algunos creen que el versículo 17 —sobre Moisés y la ley— habría sido añadido posteriormente. Sin embargo, se le puede integrar en el conjunto del himno. El paralelo entre Cristo y la Torah (la ley) se encuentra en el trasfondo de todo el prólogo. En el judaísmo del tiempo de Jesús, la Torah existía desde el principio; ella era la palabra de Dios y se confundía con su sabiduría. "Bienaventurados son los israelitas, decía uno de los más antiguos judíos, porque se les ha dado el instrumento por el que ha sido creado el mundo", esto es, la Torah (**Pirqué Aboth**, 3, 20).

La ley era luz, salvación, verdad, delicia para los fieles (cf. Sal 119). Cristo asumía todas las funciones de la

La oposición más impresionante es sin duda la de la repulsa del logos; el himno del Sirácida iba dedicado a la gloria de Jerusalén. Por el contrario, se nota un paralelismo en el versículo 10: la sabiduría ejerce en Israel la función de sumo sacerdote. La sabiduría divina aparece aquí, no sólo como derramándose sobre los hombres, sino como volviéndose a Dios para darle gloria a través del culto santo del templo que inspira. Hay aquí algo así como un anuncio de la encarnación: Cristo, don de Dios a los hombres, es también la respuesta perfecta del hombre a Dios.

El versículo 21 del capítulo 24 del Eclesiástico: "Los que me comen quedan aún con hambre de mí, los que me beben sienten todavía sed", encuentra un eco en Jn 4, 14 y 6, 35: los que beban del agua que dará Jesús o coman del pan de vida, no tendrán ya nunca hambre ni sed. Juan insiste en el cumplimiento dado por Jesús, pero en ambos casos se subraya el carácter privilegiado del alimento y de la bebida.

Estas diversas comparaciones permiten comprender hasta qué punto la imagen del logos-sabiduría convenía a Cristo y por qué el evangelista le aplica el título (masculino) de logos.

No solamente Jesús apareció durante su vida terrena como la palabra viva de Dios ("Jamás un hombre ha hablado como habla ese hombre": Jn, 7, 46), sino que los discípulos traducían su experiencia pascual reconociendo en el Cristo resucitado a aquel que actuaba en el crecimiento de la palabra en el corazón de los creyentes (cf. 1 Tes 2, 13; Hech 4, 4; 6, 7; 19, 20). Cristo poseía todos los atributos de esa sabiduría divina cuya prodigalidad con los hombres habían celebrado los judíos (cf. 1 Cor 1, 24). Los discípulos estaban colmados de gracia.

El término griego logos tenía también el sentido de "razón"; por eso, este término podía despertar un eco entre los griegos, para los que el logos (razón universal) penetraba el cosmos. En el siglo II, el filósofo cristiano Justino explicará que, desde antes de su venida en la carne, el logos diseminado en el mundo había sembrado su semilla en todos los buscadores de la verdad, en los filósofos como Sócrates y Platón.

La novedad cristiana está en que esta palabra-sabiduría preexistente ha asumido para siempre "la carne".

Torah respecto a los hombres. El realizaba en plenitud lo que la ley prometía con sus mandamientos de vida (Dt 30, 15-20): realizaba la nueva alianza, de la que era el mediador.

“La gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo”. La expresión “gracia y verdad”, recogida del versículo 14, era la que la biblia aplicaba al Dios de la alianza, en hebreo **hesed weemet** (cf. Ex 34, 6; Sal 86, 15). La fórmula hebrea podría traducirse por “amor y fidelidad”; podrían compararse sobre este punto las traducciones de varias biblias. Siempre se alude en ellas a la misericordia incansable de Dios y a la fidelidad a sus promesas. La palabra griega **aletheia** (verdad) difícilmente expresa el sentido de “solidez”, de “estabilidad”, de la palabra hebrea **emet**. Dios cumplía totalmente sus promesas en Jesucristo, que se convertía en el lugar de la fidelidad divina, en el “amén” (palabra de la misma raíz que **emet**), en el “testigo fiel y verdadero” (Apoc 3, 14).

El versículo 18, “a Dios nadie le ha visto jamás”, alude a la vieja creencia judía de que nadie podía ver a Dios sin morir (cf. Jue 13, 22); el profeta Isaías había temblado ante la gloria de Yavé (Is 6, 4). Pero, a medida que se iba haciendo más profundo el sentido de la radical diferencia entre Dios y el hombre, se percibía que ninguna de las visiones del Antiguo Testamento podía ser una visión directa de Dios. Ni Moisés ni Elías habían podido ver su rostro (Ex 33, 18-34, 9; 1 Re 19, 11-13). Sin embargo, nadie se había acercado tanto a Dios como Moisés, subido en la nube (cf. Eclo 45, 4-5). El filósofo judío alejandrino Filón decía al principio de la era cristiana que lo que Moisés había visto es que Dios era invisible, que lo que había captado es que Dios era imposible de captar.

“¿Quién le ha visto para que pueda describirle?”, exclamaba el Eclesiástico (43, 31). El prólogo responde a este interrogante, que era el de la nostalgia humana, el antiguo sueño de alcanzar a Dios (el de Adán y Eva en el paraíso terrenal). Sólo uno ha visto a Dios, sólo uno puede contarle, el Hijo que está en el seno del Padre. Todo el evangelio será un desarrollo de esta doctrina.

El versículo 18 se relaciona con el comienzo del prólogo que mostraba el verbo junto a Dios. El Hijo único está “en el seno del Padre”. El título de logos deja ahora su lugar al de Hijo. Es el Hijo el que en adelante “habla” a

Dios, lo cuenta, lo explica. El evangelio será ese relato que el Hijo hace del Padre.

Ese “relato” no consiste únicamente en discursos. El Hijo expresa al Padre por medio de toda su persona, por su manera de ser, por sus actos. “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Jn 14, 9). La cima más alta de este “relato” es el don que hace el Hijo de su vida, contando de este modo a los hombres el amor del Padre (cf. Jn 3, 16).

Tal es el trayecto de la palabra en el prólogo: viene de Dios y vuelve a Dios, cumpliendo la profecía de Isaías 55, 10-11: la lluvia y la nieve que vienen de lo alto del cielo no vuelven allá sin haber saturado antes la tierra, sin haberla fecundado y sembrado de vida; de la misma manera, la palabra salida de la boca de Dios “no tornará a mí de vacío, sin que haya realizado lo que me plugo y haya cumplido aquello a que la envié”. Esa misión de la palabra consistía en cambiar la posición humana. Donde los corazones eran áridos y estaban secos, allí penetra la palabra, los empapa y los transforma: los hijos de Dios brotan del desierto. La estrofa D es realmente el centro del prólogo.

Quizá conviniera entonces volver sobre la traducción del término **logos**, que quiere decir evidentemente “palabra”; pero en hebreo la palabra (**dabar**) significaba también “acontecimiento”, y cuando se trataba de la palabra de Dios todos conocían su poder eficaz: Dios “dijo” y el mundo salió del caos; cuando Dios manda, las cosas “son” (Sal 33, 6-9). Tenía razón el Fausto de Goethe: **Im Anfang war die Tat!**, “al comienzo ¡era el acto!”.

El acto del Hijo es descrito en el evangelio con un vocabulario espacial, con un movimiento de bajada y de subida, como en el discurso del pan de vida (“bajado del cielo”: Jn 6, 33; “subir adonde estaba antes”: Jn 6, 62), o como un movimiento de ida y vuelta, como en los discursos de despedida (“había salido de Dios y a Dios volvía”: Jn 13, 2). Pero el Hijo no vuelve como había venido; ha dado la vida (Jn 6, 33), ha comunicado la luz (Jn 9, 5; 12, 46), tiene en sus manos el destino humano (Jn 13, 2). El prólogo no habla más que de “venida” (Jn 1, 11), pero no de regreso, como si el Hijo, después de haber asumido la condición humana, no pudiera hacer otra cosa más que quedarse con los hombres. El evangelio explicará este modo de presencia.

El versículo 14

“El verbo se hizo carne.”

El, que estaba en el orden del ser, ha pasado al orden del devenir. Esta fórmula es incisiva, casi brutal, sin duda para acabar con todas las especulaciones gnósticas. La “carne” en el Nuevo Testamento puede recibir diversas significaciones (cf. los Vocabularios de Teología bíblica), pero esta palabra designa aquí, como ordinariamente en la biblia, no solamente al ser vivo (cf. Gén 7, 21), sino al hombre entero afectado de un coeficiente de fragilidad y debilidad. Sería un contrasentido darle a “carne” el sentido de “cuerpo” en oposición al alma; se trata del ser humano por entero.

El pasaje bíblico más iluminador de este versículo es quizá el de Isaías 40, 5-7. Israel, en medio de las miserias del destierro, se verá consolado por palabras proféticas; se manifestará la gloria del Señor y todos los seres de carne verán juntamente que ha hablado la boca del Señor: “Toda carne es hierba y todo su esplendor como flor del campo. La flor se marchita, se seca la hierba, en cuanto le dé el viento de Yavé (pues, cierto, hierba es el pueblo). La hierba se seca, la flor se marchita, mas la palabra de nuestro Dios permanece para siempre”. La expresión hebrea literal es más fuerte todavía en este último versículo: “La palabra de nuestro Dios está en pie por toda la eternidad”.

Esa palabra en pie, inquebrantable, que había proyectado los mundos a la existencia, que los empapaba de su energía y de su poder, esa palabra creadora del hombre es la que se convierte en “carne”, aceptando la fragilidad de la flor de los campos. El logos se había convertido en “hierba”.

“Y plantó su tienda entre nosotros.”

El verbo **skeno** (de **skene**: tienda) había tomado sentido de “morar”. Pero hemos de mantener aquí la alusión a la tienda del desierto que, para un israelita, evocaba la presencia de Dios en medio de su pueblo durante este período idealizado en que Dios viajaba y acompañaba a los suyos en el tabernáculo; su presencia estaba simbolizada por la nube y el fuego (cf. Ex 40, 34-38).

El templo de Jerusalén había sustituido al tabernáculo del desierto. Pero sabemos cómo aquel templo se vio manchado por la infidelidad de los sacerdotes. La gloria de Yavé había abandonado el santuario antes de la deportación (Ez 8-11). En tiempos de Jesús, el templo

señalaba más bien el lugar adonde volvería la gloria de Dios al final de los tiempos. Se esperaba un templo nuevo y purificado para la época mesiánica.

El pasaje en que la sabiduría oficia en Sión, la ciudad santa (cf. el esquema palabra-sabiduría), es más bien la proyección idealizada de lo que debían ser el templo y Jerusalén: el lugar del encuentro entre Dios y su pueblo. Pero en muchos judíos que tenían conciencia de los abusos del templo actual se había desarrollado la convicción de que el verdadero templo de Dios no era la casa de piedra, sino la comunidad de los fieles (por ejemplo, en Qumrán). Esta doctrina es la que desarrollará el cristianismo: los discípulos de Jesús son el templo de Dios (cf. 1 Cor 3, 16); se convierten en piedras vivas unidas a la piedra fundamental que es Cristo (1 Pe 2, 4-7).

El evangelio de Juan mostrará a lo largo de su exposición que la morada de Dios es el mismo Jesús, única verdadera presencia de Dios entre los hombres. Como se ha observado con frecuencia, fonéticamente el verbo **skeno** evoca a la palabra **Shekinah**, que en hebreo tardío designa la presencia y la gloria divina. Así, pues, es en Jesús en quien habita en adelante la gloria.

“Y hemos visto su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único”.

¿Qué era para los israelitas la gloria de Yavé? Era el atributo más santo y más tremendo de Dios. Era el propio Dios, en cuanto que se revela en su majestad, en su poder, en el esplendor de su santidad. Era Dios mismo que se manifestaba para salvar, santificar y gobernar a su pueblo. La gloria de Yavé se manifestaba en el trueno y en el huracán (Sal 29, 3); era “como un fuego devorador en la cumbre de la montaña” del Sinaí (Ex 24, 16-17), figurada en la nube que envolvía el santuario (Ex 40, 34-35). El profeta Isaías había visto vacilar los fundamentos del templo ante la proclamación de esa gloria de Yavé que llenaba la tierra; entonces se había reconocido manchado, él y su pueblo (Is 6, 1-5).

Se esperaba para el futuro que la gloria de Yavé se levantaría sobre Jerusalén (Is 60, 1). Todas las naciones subirían hacia esa gloria (Is 66, 18). Pero también se había dicho que la gloria del Señor sería anunciada por Israel (Is 66, 19). Se había predicho incluso que el Señor se glorificaría en su siervo Israel (Is 49, 3), Israel, un pueblo pobre, un pueblo sin brillo alguno...

Este enigma de la manifestación de la gloria a través de la humildad de la "carne" es precisamente el motivo más poderoso del evangelio de Juan. ¿Quién podía ver y enfrentarse con la gloria del Señor? El evangelista dice que Isaías había contemplado de antemano la gloria de Jesús; era de él de quien había hablado (Jn 12, 41). Pero, entonces, ¿cómo es que los discípulos "vieron" también esa gloria? A esta cuestión responderá todo el evangelio.

El himno al logos ha dirigido las miradas hacia el Hijo único, lleno de gracia y de verdad, que es el cumplimiento acabado de las promesas de la alianza. Este himno es como el prelude de una composición musical cuyos motivos serán orquestados a continuación. El prólogo esboza y anuncia los temas que se desplegarán en el evangelio.

